

Acerca de la distinción doctrinal entre ley natural y ley racional, el punto de partida de Locke es sencillo: de hecho el hombre tiene esa razón, y capacidad para usarla. Por tanto, no hay lugar a dilema.

¿Cuál es, en Locke, la doctrina del conocimiento de la ley natural?

El hombre tiene una actividad mental que le permite descubrir y aflorar la verdad moral. Secundariamente, en cuanto producto de esa actividad, hay un principio desarrollado racionalmente en reglas de conducta. Locke tiene buen cuidado de distinguir entre ambas significaciones de «razón». La primera es la facultad discursiva, y la segunda es la verdad racional.

La idea de Locke sobre la obligatoriedad de la ley natural se reduce a una afirmación de la exigencia por parte de Dios. La voluntad de Dios es recta, y la creatura debe seguirla. Por otra parte, Locke perfecciona esta teoría con una fundamentación racional de la ética: hay una armonía de hecho entre los valores morales y la naturaleza racional del hombre. Escalonadamente, la ley natural deriva de la naturaleza racional, y ésta, a su vez, de la voluntad de Dios. Por tanto, la validez de las normas morales es necesaria. Aunque siempre mantiene Locke una ventana abierta al criticismo.—A. S. de A.

Rosso (Corrado): *L'illuminismo francese e Pietro Verri*, en «Filosofía», año VI, fasc. III, julio 1955, Torino, págs. 413-36.

Tomando como punto de partida una cita de P. Hazard sobre «psicología de la inquietud», que invadió a Europa hacia fines del xvii, va a tratar Rosso un punto especialmente interesante para el mundo italiano, y no aludido por Hazard: la figura de Pietro Verri sobre todo desde su *Discorso sull'indole del piacere*.

Comienza esbozando las líneas del mundo en el que Verri se encontró. En primer lugar, la decisiva influencia de Maupertius en el ambiente iluminista italiano. Hombre enfermo y doliente, representó entre sus contemporáneos el contrapolo del estilo imperante. Su expresión es *more geometrico*; sus temas reiterados, el de la «melancolía»

y la interpretación negativa del placer. Esto explica, en cierta medida, su éxito en Italia. Su modo «romántico» levanta polémicas y encuentra encendidos defensores. El autor hace una documentada —pero también viva y dinámica— historia de esta polémica: Zanotti, Ansaldi, Barbieri, cardenal Querini. Este es el mundo de vigencias culturales con las que Verri se encuentra. El *Discorso* de Verri comienza parándose admirativamente ante Maupertius. Sin embargo, va a corregir sus opiniones.

A Verri le interesa, no tanto la intelección del placer como ausencia de dolor como el hallazgo de una zona neutra entre el placer y el dolor. Más todavía, la valoración positiva del dolor como distintivo de la grandeza humana. Es desde este último punto de vista desde el que viene a suponer al dolor necesario preámbulo a la emoción y creación artísticas. Es ya un sentimiento netamente romántico. Desde estos hallazgos es desde donde lo contempla el autor del artículo, ligado con Du Bos en sus *Reflexions*.

Otra de las ideas medulares de Verri es la descalificación de la compensación o nivelación de los dolores en el Universo, en antítesis con Robinet. Ya Maupertius había rechazado este esquema interpretativo, porque suprimía la posibilidad de una fraternidad en el dolor; la recusa de Verri se fundamenta en su doctrina de la zona neutra entre placer-dolor. Hay, sin embargo, concomitancias doctrinales. Rosso las resume así: mientras que en Robinet hay, respecto al dolor-placer, un «inmovilismo dialéctico», lo característico de Verri es un «pesimismo energético».

El artículo ilumina varias juntas interesantes entre los pensamientos franceses e italianos, y revela un conocimiento matizado e inteligente de las personas y los hechos.—M. R.

Rosso (Corrado): «*Aufklärung e «Encyclopédie» : Diderot e Lessing*, en «Filosofía», año VI, fasc. IV, octubre 1955, Torino, págs. 554-573.

Como el subtítulo apunta el artículo toma el punto de partida Diderot-Lessing para centrar ambos movimientos de ideas. Va a tratar esta relación de dos aspectos principalmente: concomi-

tancias de ambos pensamientos (quizás estilos de pensar) e influencias efectivas entre ambos. Esta perspectiva personal va a extenderse —es el método que ha elegido el autor: el de la figura representativa— a los dos ámbitos culturales.

Es Lessing mismo el que reconoce su deuda con Diderot. Sin embargo, la frase que significa este contenido ha dado lugar a interpretaciones diversas; bien exagerándola y haciendo de Diderot un casi germano (de ahí la posible admiración compenetrativa); bien dándole un valor casi tópico.

¿Qué pensar —dejando a un lado la erudición— de la marcha efectiva de ambas mentalidades? Lessing proclama el camino de la inquietud, sobrevalora la marcha hacia la verdad sobre la verdad misma (o, lo que es equivalente, entiende a la verdad dándole un valor moral y personal). Diderot es portavoz del ensayismo, donde se refleja la vida en su drama, del entusiasmo, cumbre de la moral humana, de la pasión. Viene, por tanto, a ser el paralelo francés de Lessing. Sin embargo, hay una diferencia fundamental de estilos vitales: mientras Lessing es el introvertido, el meditador lleno de pasión, Diderot es el hombre público que ostenta la fama, que habla «escandalosamente» en la plaza pública. (Cuenta Rosso, cómo en el viaje que hizo Diderot a Lipsia no tuvo ocasión de conocer a Lessing, entonces ausente, pero que su hermano escribía asombrado ante su osadía, por haber proclamado en la plaza pública su ateísmo.)

Para Rosso, las relaciones entre Lessing-Diderot tienen, sobre todo, valor «emblemático». La Enciclopedia francesa exaltando, casi exagerando, sus hallazgos, deja impronta en Alemania. Los grandes títulos idealistas: superioridad de la conciencia sobre la verdad, subjetividad, exaltación de la libertad etc., todos estos temas hallarán un subsuelo de meditación recogida y preocupación religiosa que Francia no trajo, y que Alemania había seguido cultivando, pero la semilla y la expansión se debe, no ya a Diderot sino incluso a Bayle.

El método propuesto ha servido, con eficacia al propósito de repensar estos dos movimientos, y entender sus juntas con nuevo fruto desde dos de sus más grandes figuras.—M. R.

USHENKO (Andrew): *Hume's Theory of General Ideas*, en «The Review of Metaphysics», vol. IX, núm. 2, páginas 236-251.

La mayor contribución de Hume a la semántica está en la teoría del significado llamado disposicional. Esta aportación se realiza según tres premisas fundamentales: la premisa del significado funcional; la definición de generalidad, según las posibilidades de disposición, y el supuesto de la realización de las disposiciones semánticas. De acuerdo con el primer criterio, todo significado está en función de un acto de las palabras utilizadas según los acontecimientos concretos, etc. Llevando al extremo este funcionalismo semántico, la generalidad quedaba en extremo reducida, por lo que hay que limitar la funcionalidad a la necesidad de una posible generalización. En cuanto a la realización de las disposiciones semánticas, están en conexión con la función representativa que en términos generales es atribuible a todo el lenguaje. De acuerdo con este último punto de vista, la palabra ejerce una función de control, de modo que, a diferencia de la tesis de Berkeley, según la cual las ideas tenían un carácter pasivo, ahora, merced a la función controladora de la palabra, las ideas tendrán un papel activo. En el mecanismo de la generalización es patente esta actividad de las ideas, pues el criterio de Hume del pensamiento actuando a través de asociaciones, sólo es posible por una generalización que se realiza merced al control semántico. Pero la generalización ha de estar de acuerdo con las posibilidades de disposición o, como se dice en la terminología anglosajona contemporánea, con el poder. Las posibilidades o el poder disposicional es lo que permite generalizar, y esto es precisamente lo que las ideas realizan. Si atendemos con cuidado a esta tesis de Hume, es patente que nos encontramos ante una teoría de ámbito o de campo, según la cual las posibilidades significativas definen la realidad de los significados con lo que la semántica en la filosofía de Hume adquiere un carácter rigurosamente moderno. Los significados no tendrán, por consiguiente, un valor individual absoluto sino que ese valor nos vendrá dado por su situación en el campo. Este punto de vista da congruencia a las imágenes y hace la represen-